1
I
639

ANT
XIX
793

R. 40. 423

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE

BUENAS LETRAS

CONMEMORACION

DEL ANIVERSARIO CCLIX

DE LA

MUERTE DE CERVÁNTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1875.

SEVILLA: 1875.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Impresores,
calle de Tetuan, número 24.

R-40.423

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE

BUENAS LETRAS

CONMEMORACION

DEL ANIVERSARIO CCLIX

DE LA

MUERTE DE CERVÁNTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1875.

SEVILLA: 1875.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Impresores,
calle de Tetuan, número 24.

ACTAS.

JUNTA EXTRAORDINARIA

DEL VIÉRNES 23 DE ABRIL DE 1875.

CONCURRENTES

Los Sres.

De Gabriel, *Vice-Director.*
Campos, *que hizo de Censor.*
Sota, *Bibliotecario*
Santos.
García Portillo.
Rios.
Guichot.
Lopez Sanchez.
Millet.
Y el infrascrito *Secretario* 1.º

Reunidos los Sres. Académicos que constan al márgen, á las diez de la mañana, en la Iglesia Parroquial del Arcángel S. Miguel, con objeto de asistir á las Honras fúnebres acordadas por la Corporacion para el dia de hoy, aniversario CCLIX de la muerte de Miguel de Cervántes Saavedra, en sufragio del alma de tan esclarecido Escritor, Príncipe de nuestros Injénios, se verificó el acto, cantándose una misa de *Requiem* por el Presbítero Sr. D. Francisco García Portillo, Académico de número; en la cual oficiaron como Diácono y Sub-Diácono dos Sres. Sacerdotes adscriptos á dicha Parroquia.

Concluida esta parte de las Honras, se cantó un solemne Responso, con lo que terminó el acto de que certifico.

El Vice-Director,
Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

El Secretario 1.º,
Gonzalo Segovia y Ardizone.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

JUNTA PÚBLICA
DEL VIÉRNES 23 DE ABRIL DE 1875.

Presidencia del Sr. Vice-Director.

CONCURRENTES

Los Sres.

De Gabriel, *Vice-Director.*
Campos, *que hizo de Censor.*
Alcaide, *Secretario* 2.º
Sota, *Bibliotecario.*
Jimenez.
Santos.
Rios.
Tubino.
Amores.
Góngora.
Chiralt.
Guichot.
Solis.
Marquez.
Rodriguez.
Millet.
Y el infrascrito *Secretario* 1.º

Reunida la Academia, con asistencia de los individuos de su seno, anotados al márgen, á fin de adjudicar en Junta pública y solemne los premios ofrecidos en el Certámen poético abierto en honor de Miguel de Cervántes Saavedra, y para conmemorar el dia de hoy, aniversario CCLIX de su fallecimiento; acto, al cual concurrian asimismo los Sres. Presidente de la Excma. Diputacion Provincial; Dean de la Santa Iglesia Catedral; Vice-Presidente de la Academia de Medicina y Cirujía; Teniente General, D. Eduardo Fernandez San Roman, Director General de Ingenieros; y Marqués de Gaviria, como tambien un numeroso y selecto público compuesto de personas de ámbos sexos, ávidos todos de rendir un tributo de admiracion á la memoria del Príncipe de los Injenios españoles, abrió el Sr. Vice-Director la sesion á la una y media de la tarde, leyendo las Preces que previene el Reglamento.

Seguidamente el Infrascrito leyó la parte del Acta de la Junta celebrada en 16 del corriente Abril, referente al Certámen, en que consta el dictámen de la Seccion de Literatura y su aprobacion unánime por la Academia. De acuerdo con él, se manifestó por el Sr. Vice-Director que ninguna Poesía había obtenido el Premio sobre el primer tema, y que la Srita. D.ª Isabel Cheix Martinez era

autora de la que había alcanzado el *Accésit*, siendo su título *La Muerte de Cervántes*.

En cuanto á las Poesías presentadas sobre el segundo tema proclamó como autor de la que se había calificado como digna del Premio, titulada *Leonor Dávalos*, á D. Manuel Cano y Cueto; y como autor de la designada para el *Accésit*, que se denomina *Fernando de Herrera*, á D. José Sánchez Arjona.

El infrascrito D. Gonzalo Segovia y Ardizone, Académico de número, leyó un discurso encaminado á examinar á Cervántes como español, como caballero y como cristiano. Terminada la lectura en medio de grandes aplausos, fué llamada por el Sr. Vice-Director la Srta. D.ª Isabel Cheix de Martinez, para que leyera su Poesía, y no hallándose presente, fué leida por dicho Sr. Vice-Director, y saludada á su terminacion por las mayores demostraciones de aprecio.

Llamado despues el Sr. Cano y Cueto, procedió á la lectura de su Poesía, recibiendo entusiastas muestras de aprobacion, y de manos del Sr. Presidente de la Diputacion Provincial, D. Miguel Carvajal y Mendieta, un pensamiento de oro y esmalte, que á este fin le entregó galantemente el Sr. Vice-Director.

Despues fué llamado D. José Sanchez Arjona para que leyera su Poesía, lo que verificó, siendo muy aplaudido.

El Sr. Vice-Director declaró terminado el acto despues de dirigir elocuentes frases de gratitud á todos los concurrentes, que habian prestado con su asistencia más solemnidad á la conmemoracion del aniversario del Príncipe de nuestros Ingénios.

El Vice-Director,
FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

El Secretario 1.º,
GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

DISCURSO

DEL

SR. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

ACADÉMICO DE NÚMERO

Pocas horas há, hemos asistido sin pompa ni ostentacion de ninguna clase, á un acto sencillo en su forma, sublime por lo que en sí encierra, grande y magestuoso por su significacion; en esos momentos á que me refiero hemos elevado nuestros corazones á mundos mejores, y saliéndonos de lo terrestre que nos rodea, nuestras oraciones han volado al trono del Altísimo, al mismo tiempo que el Ministro del Señor pedia paz y gloria para los muertos.

Ahora venimos á este recinto, llamando aquí á Sevilla entera, congregándola á nuestro alrededor y haciéndola partícipe de nuestro entusiasmo; ahora parece como que solemnizamos la vida, cuando ántes nos hemos inclinado ante la muerte. Y es, Sres. Académicos, que dedicando en este día toda nuestra alma, toda nuestra intelijencia á la mayor honra de Cervántes, hemos de tributarle homenajes á su muerte, vítores y aplausos á su vida. Esta mañana rogábamos por el hombre, esta tarde cantamos al génio; esta mañana abatíamos nuestras frentes ante la pequeñez de las cosas mundanas y pedíamos á Dios un puesto á su lado para el que, víctima de desdichas sin cuento, siempre tuvo la resignacion por norte y la fé por guía; esta tarde levantamos erguidas nuestras cabezas, nuestros lábios se abren para prorrumpir en gritos de admiracion; to-

dos los esfuerzos de nuestras mentes nos parecen pocos para formar corona valiosa que depositar ante ese busto, para pregonar su inmortalidad, para añadir una nueva ovacion á las que el mundo entero le rinde entusiasmado.

¡Cervántes!... Este nombre sólo llena toda una Literatura; su glória ha traspasado los umbrales de los tiempos, y ella bastaría á inmortalizar á su pátria, que, en medio de sus azares é infortunios, vive de recuerdos ilustres y alienta en la memoria de sus preclaros hijos.

Hoy hace doscientos cincuenta y nueve años que exhaló su último suspiro Miguel de Cervántes Saavedra, que dió su último adios á un mundo, ingrato siempre para él, que penetró en la mansion de los muertos para adquirir doble vida, la vida de la inmortalidad eterna concedida al justo y la vida del aplauso y la admiracion que había de tributarle la posteridad.

Permitidme, señores, que me detenga algunos breves instantes ante el triste espectáculo de su muerte. En pobre casa, en humildísimo lecho, postrado con agudos dolores, preso el corazon de duros martírios y acompañado tan sólo de una mujer, su amante esposa, de un buen amigo, de un médico y de un sacerdote, espiraba aquel hombre superior. Era una hermosa mañana del mes de Abril; mes en que todo dá señales de vida, en que parece que el cielo y el suelo rien, y en que la naturaleza, despertando de un largo sueño, se viste con todas sus galas; el sol empezaba á derramar sus rayos por Oriente, coloreando aguas y flores con sus vivísimos reflejos; todo anunciaba la fuerza, la salud, la vida, la alegría; júbilo por do quier; lágrimas en aquel estrecho recinto en que se apagaba una existencia: ¡qué contraste tan elocuente! Olvidado

de todos, pobre y desvalido, Cervántes entregaba su alma á Dios en aquella hora en que el sol empezaba su peregrinacion por la tierra; él había terminado la suya, y lleno de fé se dormía al sentir las alas del ángel que se posaban sobre su frente: el mundo lo dejaba en el abandono, el mundo que más tarde no encontraría ni coronas con que adornarle, ni voces con que pregonar su inmenso jénio. Sobre él cayó la losa de una tumba, pero, nuevo Lázaro, levantóse de su sepulcro, y hoy vive y está entre nosotros, nos ilumina en nuestras taréas, nos alienta en nuestros desfallecimientos; que el sol radiante de su inteligencia, la chispa ardiente de su preclaro génio irradía por doquier, salva distancias, no halla barreras, y, como verdadero sol, asoma por el Oriente de las Letras castellanas, sin ocultarse jamás para alumbrar siempre á España con vivísimos destellos.....

No voy, Sres. Académicos, en los breves instantes que ocupe vuestra atencion, no voy repito, á considerar á Cervántes como escritor; no voy á detenerme en juzgar ninguna de sus obras: ¿qué podría yo hacer digno de vosotros, ni qué decir que tuviera ni áun el mérito de la novedad? Españoles y extranjeros se han ocupado constantemente de su libro inmortal, y desde lo más verdadero y más sencillo, hasta lo más falso y estravagante, todo se ha dicho, tanto con respecto al escritor como con relacion á todas sus obras, y muy especialmente á su *D. Quijote*. Insignes literatos, muchos de los cuales son honra de esta Academia, lo han juzgado bajo todos los puntos de vista, y han buscado y aplaudido en Cervántes al médico, al geógrafo, al marino, al militar, al filósofo, al historiador, al jurista, al político, al poeta, al novelista; se le ha llamado republicano federal por algun escritor

francés, y no falta tampoco quien se haya ocupado de sus conocimientos gastronómicos. Su libro ha sido apreciado y criticado por todos, entendiéndose de modo muy diverso y dando lugar á contínuas discusiones, su sentido íntimo; ¡quién cree ver retratos y pinturas tomadas del natural en todos sus personajes! ¡Quién pretende revestir toda la obra de una profunda intencion filosófica! ¡Quién se afana en encontrar cosas ocultas en aquel cúmulo de gracias! Mientras dure la vida de la humanidad, Cervántes y el *Quijote*, ocuparán constantemente su atencion. Examinados el escritor y el libro bajo todas sus fases, ni puedo ni debo entrar en camino tan trillado, ni tengo fuerzas para lanzarme por nuevos senderos; mi pequeñez me abate, y sólo por cumplir un deber académico, echo hoy sobre mis hombros esta carga que me abruma y que acepté únicamente fiado en vuestra benevolencia, compañera inseparable del saber.

Voy á ocuparme, en las cortas dimensiones que este trabajo permite, en considerar á Cervántes como hombre y en juzgarle á grandes rasgos bajo estos tres puntos de vista: como español, como caballero, como cristiano. Este estudio nos dará el conocimiento de su carácter y su modo de ser, y al verlo salir triunfante en todos los terrenos, nos enorgullecerá admirar al hombre tanto como al escritor.

Cervántes vino al mundo en época feliz para la pátria; ningun pueblo era tan grande, entónces, como el español. Victorioso despues de siete siglos de lucha, habia consumado la obra santa y gloriosa de su reconquista, y orgulloso con sus triunfos, fijaba sus ojos en Europa como intentando desafiarla en aquel jigantesco siglo. Isabel la Católica había realizado la unidad nacional. Colon había conquistado un nuevo mundo,

Cárlos I, ceñía á sus sienes la corona imperial; Felipe II, al fijar la Córte en Madrid, situado en medio de la nacion, intentaba asegurar á la España católica la preponderancia definitiva en el continente, y soñó con la monarquía universal. Cervántes, nacido en tiempo tan próspero, entró en la vida lleno de esperanzas y alegrías dispuesto á luchar con el destino y buscando aventuras por do quier; orgulloso con su suerte sobre la tierra, no vió nada más allá de la nacion á que servía, y esta primera época de su vida se distingue por el entusiasmo; y educado en Alcalá de Henares, foco de instruccion y saber, la Atenas española, segun la frase de un ilustre cervantista francés, el amor pátrio rebosa en todos sus actos, y dando pruebas del más ardiente españolismo, no buscó más que ocasiones en que derramar su sangre por acrecentar el brillo magestuoso de la nacion. Vive en el siglo de oro de la monarquía española: nunca fueron mayores las glórias de la pátria; jamás fué más fecunda y magnífica su literatura, y el arte desplegaba sus riquezas con tanta libertad como inspiracion. Cervántes piensa más en su pátria que en su persona, y llevado en sus primeros años de su aficion poética y su génio literario, dá los primeros pasos en la senda de la poesía deseoso de fijar su planta entre los escritores de su tiempo. El afan de viajar, segun unos, la necesidad de huir de persecuciones, á consecuencia de haber herido en desafío á Antonio Sigura, segun otros, á cuya opinion me adhiero, fué causa de que, abandonando á Madrid y acompañando al Cardenal Acuaviva, fuese á Roma al cumplir los veinte años.

Entónces empieza su vida como soldado español; al llegar á Italia siente nacer en su espíritu la vocacion militar y vibra en sus oidos el rumor de las armas, que sonaba por todas partes,

y especialmente por el lado del Mediterráneo; los turcos y sus inauditos progresos llenaban de asombro al mundo; las flotas de los sultanes reinaban en los mares; sus almirantes parecian invencibles; sus corsarios desafiaban todas las persecuciones. Europa temía la consolidacion definitiva de esta raza guerrera, poseedora al mismo tiempo de la organizacion activa de los pueblos conquistadores y del fervoroso proselitismo de las religiones nacientes; saqueaban las penínsulas vecinas á la suya esperando someterlas más tarde á su yugo, y tranquilos y confiados en el porvenir, envueltos en su fatalismo oriental, impacientaban al orgullo español, que se deshacía en furibundas amenazas. Choque terrible se prepara; el Mediterráneo correrá en breve rojo de sangre y será teatro de grandes sucesos, de heróicas aventuras; allí se decidirá la suerte del mundo, y allí sacudirá por siempre Europa las cadenas con que los turcos intentaban avasallarla.

Cervántes piensa sólo en que es español, y guiado por su amor á la pátria, vuela á dar su sangre por ella, y, heróico testigo de tanta hazaña, lucha al lado de los valerosos capitanes españoles, y á bordo de la Marquesa, galera de Doria, y á las órdenes de Diego de Urbina asiste á tan grandioso espectáculo, que nos narra él mismo con admirable sencillez. Enfermo y encerrado en su camarote se apercibe de que llega el momento de la lucha y pide un puesto de peligro; desoye los ruegos de Mateo de Santistéban, que le aconseja no abandone el lecho, y consigue por fin ser colocado con doce hombres en un esquife al costado de la galera, y formando honrosa avanzada, ¿qué le importan sus heridas? ¿Qué la muerte? ¿Qué su propia persona? Todo esto es nada; morir por su rey, por su Dios, por su pátria, hé aquí su deseo, sus aspiraciones; morir

venciendo, hé aquí su ideal. Más tarde, en 1573, se realiza la triste espedicion de los españoles á la Goleta, y Cervántes acude allí al lado de D. Juan de Austria: sabido es de todos el fin de este suceso, y él mismo lo describe con profundo dolor. Aquí terminan sus hechos de armas, aquí dá principio su cautiverio y aquí empieza á manifestarse su patriotismo de modo distinto. Cervántes ve con asombro los rápidos progresos del mahometismo y concibe el pensamiento, que guarda hasta el fin de sus dias, de levantar el espíritu de su país y de hacerle conocer los progresos del enemigo; su cruzada comienza en Alger, y si por la fuerza nada puede conseguir, inténtalo con el ejemplo y la palabra. Conocida es de todos vosotros, Sres. Académicos, su historia en Alger y su constancia en preparar su evasion. Además, no entra en mi propósito hacer su biografía; cumple sólo á mi pensamiento detenerme un instante en todo aquello que demuestre su patriotismo, por lo mismo que ha sido combatido.

Al ser redimido por los padres Trinitarios, otro pensamiento fijo vive impreso en su mente: terminar con la esclavitud; y pobre, enfermo, desvalido, lo lleva al Teatro, como único modo de hacerse comprender, y consagra sus trabajos á tan fecunda idea. Cervántes no es el misionero que predica nueva cruzada; no es el pintor que traza á grandes rasgos el cuadro del mundo musulman, nó; es el soldado, el cautivo, el español que sufre al ver que su pátria vá por camino torcido.

En sus obras, en las comedias dedicadas á tratar este asunto, poco le importa la fama de escritor, nada los triunfos literarios; todo lo sacrifica al interés nacional, y sólo piensa en inculcar con su pluma lo que yá había pretendido con su espada: concluir con la esclavitud y hacer que cambiase una

política que, segun su juicio leal, llevaba al precipicio.

¡Cuánto pudiéramos escribir sobre esta materia si no nos viésemos obligados á seguir rápidamente nuestro modesto estudio! ¡Qué llena de interés está la vida del escritor en este período en que se desarrollan acontecimientos de trascendencia para España! ¡Cómo nos sorprende y nos llena de curiosidad el estado de Europa en todo el magnífico siglo XVI! Y ¡qué eslabonados están estos mismos sucesos con las aventuras del desventurado Miguel! Al terminar ese siglo feliz, se ha operado en Cervántes transformacion sorprendente; al entusiasmo ha sucedido el abatimiento, á los arranques de su alma una terrible ironía; sin saberlo él mismo introduce el escalpelo en las entrañas de aquel cuerpo que se corrompe, y no pudiendo sanarle con la persuasion, con el ejemplo y con sus generosos gritos de alerta, le enseña sus llagas, le manifiesta sus vicios, y valiéndose del ridículo, arma la más poderosa en todos los tiempos, presenta cuadros completos del porvenir, y, como el cisne, muere cantando la gloria de su pátria, que ingrata ni le oye, ni le atiende, ni se cura de la verdad y la intencion de sus libros.

Cervántes, lo ha dicho un ilustre escritor, al volver de su cautiverio, siente en su pecho ódio mortal á los descreidos, ferviente adoracion por la libertad, resignacion sin límite para sufrir las desgracias; vuelto á España y sufriendo constantes desengaños, piensa de nuevo en la milicia y hace las campañas de 1581—83, en las que adquiere nuevos láuros, y al terminar este período, es decir, en 1584, empieza su vida literaria, que dá comienzo con la *Galatea* y fin con *Persiles* y *Segismunda*. Tambien es el principio de vida más triste y azarosa que nunca, de privaciones sin cuento, de de-

cepciones amargas, de tristezas infinitas; cesante y aventurero, corre de pueblo en pueblo buscando el sustento necesario en empleos impropios de su carácter, y sufre hasta excomunion... ¡Él, católico y creyente en todos los instantes de su existencia! Él, tan amante de la libertad, vése reducido á prision, y, sin embargo, entre hierros, con hambre, atormentado por el afan de buscar tumba en país lejano, y cuando parece que su espíritu no debe vivir más que para el llanto y la desesperacion, el *Quijote* se escapa de su mente y sale armado de todas las armas del injénio, la agudeza, la profundidad, la gracia, y con todo el sello revelante de una intelijencia que aparece más brillante y más espléndida á medida que se ve más abatida. *Don Quijote* es el azote de los pedantes de la época, la carcajada del hombre que ve decaer los grandes caractéres, honra siempre de la nacion española, el sarcasmo más fuerte lanzado á la frente de una sociedad que se derrumbaba, de una aristocracia que se complacía en ridículas exajeraciones y malgastaba el tiempo que debía destinar á engrandecer, la gloria de la nacion do no se puso el sol. Cervántes lo presiente, lo teme y quiere poner de manifiesto la verdad, y su crítica siempre es brillante y llena de fuego; encierra en sí la elegancia de los poetas, la franqueza de los niños, el secreto de agradar de las mujeres, y sin pretensiones de sábio llega á donde quiere. ¡Arte y secreto maravilloso! Criticar inventando, hacer de una ficcion una realidad, formar la novela para examinar la historia, y entre chistes, aventuras, episódios, retratos y caricaturas, pintar de mano maestra la sociedad y enseñarle sus flaquezas y ridiculeces. Nuestro muy querido amigo, el ilustre cervantista Sr. Asensio, no los decía en el año último en elocuentes frases: «Cervántes fué inventor.»

Perdonadme, Sres. Académicos, si me he salido un tanto del tema de mi discurso; no es posible hablar de Cervántes sin detenerse embelesado ante su libro: además, cumple á mi propósito probaros que todo en él obedece á un espíritu esencialmente español, que le obligaba á no pensar más que en su pátria, y dedica á ella su espada, su mente y su pluma.

El fin de aquel hombre ilustre se acerca, y al entusiasmo primitivo, á la ironía que le sucedió más tarde, sigue extraordinaria resignacion cristiana, gran conformidad con todos los infortunios. En aquellos momentos Felipe II ha muerto, y con él desaparece su estéril ambicion sin llevar á cabo ninguno de sus planes. Su débil dinastía viste el duelo de la monarquía española: la grandeza de la Nacion ha empezado á decaer con la paz de Vervins; la nobleza castellana busca en los placeres diversion á su tristeza, al poderío del trono sucede ridícula etiqueta cortesana, y parece llegado el momento de dolorosa transicion entre la aurora de Cárlos I, y la noche de Cárlos II.

Cervántes, colocado entre la edad media y el principio de los tiempos modernos, presenta, como dice un sábio escritor, dos tipos diversos: el caballero español y el político profundo, el soldado y el escritor, el jóven Cervántes que adora, y el viejo Cervántes que satiriza lo mismo que adoró: por etapas ha admirado y ha ridiculizado el espíritu aventurero que dió grandeza á Castilla en los tiempos medios, y que causó su ruina en los modernos. De dos modos ama á su pátria, y cuando la espada se rompe en sus manos, esgrime la pluma como arma de verdad; ante sus ojos declinaba la estrella de la nacion española, y él solo tiene el valor y el talento de decirlo; ataca rudamente convicciones arraigadas, (y en esto

se funda la imprudencia de que él mismo se lamentaba), pone al desnudo verdaderos defectos, y en vez de maldecir á Europa, combate el espíritu de esclusivismo, que habiendo preservado á España en el siglo IX de la invasion musulmana le aislaba en el XVII de la vida política. Por esta franqueza se le ha reprochado su falta de patriotismo, y este es mi último argumento en su defensa; es cierto que ha presentado á su país un espejo para que se mirase en él, pero él mismo lo dice: «la verdad hay que confesarla siempre.» Su patriotismo es el de la desesperacion. Léase su obra; castiga en ella lo que más quería, se mofa de las ilusiones de que vivió siempre, y la contradiccion en él es prueba de buena fé y la severidad de afecto; quería, en fin, que España fuese la aliada del Norte y reina del Mediodía, y que diese señales de fuerza y vigor en su organizacion, y de vigor y energía en su literatura: ataca las ideas, los sentimientos, los vicios y llora con las lágrimas del hijo bueno la enfermedad de su madre, que hace rápidos progresos... Decidme vosotros, Sres. Académicos, si despues de estos desaliñados renglones no os convenceis plenamente de que Cervántes fué ante todo español, y de que todo lo sacrificó siempre al bien de su pátria.

Los mismos argumentos expuestos para demostraros la tésis anterior nos producen la íntima persuasion de que Cervántes fué cumplido y acabado modelo de caballeros. Su orígen era de los más preclaros y su familia descendía de nobles patricios encanecidos en el servicio de las armas; desde niño respiró en su casa la atmósfera especial de la nobleza y guarda toda su vida el sello inquebrantable de su orgullo de familia; su apellido materno era Saavedra, y este nombre hace latir su corazon; los Saavedras eran tan nobles como el Rey,

y habian seguido á sus soberanos en toda la magnífica obra de la reconquista. Pocos rastros han llegado hasta nosotros de su juventud; pero los bastantes sin embargo, para saber que una hidalguía estremada, una caballerosidad que llevaba á la exajeracion, dominaban en él; su pobreza le enseñó á ser orgulloso, y á los veinte años rebosan en su alma los sentimientos jenerosos y levantados. Yá hemos hecho mencion de sus campañas; modelo de pundonor, y con la vista fija en sus antepasados, pelea hasta ser herido y no descansa ni sosiega, apesar de estar postrado en el lecho del dolor, hasta que puede gritar: «Soy digno descendiente de mis abuelos;» Más tarde llora, como, caballero español las desgracias ocurridas en la *Goleta,* y vuelve á su pátria ganoso de libertad y fama y ansioso de láuros; en este momento es apresado; en su cautiverio resalta más la entereza de su carácter; desde el primer instante sólo sueña en la fuga; sus intentos se multiplican, todos ellos fracasan, y, al ser descubierto, cúlpase únicamente á sí mismo y pide el castigo á voces, encubriendo siempre á sus compañeros y ofreciendo su vida por salvar la de muchos.

En su vida errante y fatigosa, en los tristes años de su edad madura, dá pruebas constantes de su pundonor nunca desmentido, y el desdichado cobrador de alcabalas, el mísero aprovisionador de los ejércitos lleva siempre la frente levantada, áun cuando lo encierre dura cárcel: Cervántes es mártir de sus caballerosas ideas.

Pero en ninguna parte resaltan tanto sus sentimientos como en sus obras; escribe en las circunstancias más azarosas; nadie le sonrie; parece estar abandonado del cielo y de la tierra; no se han escuchado sus consejos, ni se corrijen los vicios que anatematizaba y sin embargo, la sátira que brota de su

pluma siempre es noble, siempre es fina; nunca hiere al desnudo, siempre hay lealtad y grandeza en todas sus frases, y en el momento en que puede sospechar lo contrario arroja su pluma diciendo: «que si la leccion en estas novelas pudiese inducir, á quien las leyere, á algun mal deseo ó pensamiento, ántes me cortára la mano con que las escribí que sacarlas al público.» Toca el ridículo con habilidad pasmosa, pero se detiene en los justos límites, y su libro es modelo de cultura, de distincion, de verdadera hidalguía.

Dos cualidades tan preciosas como dignas de respeto dominan su alma; la gratitud más entusiasta llena su corazon, la alteza de su carácter le impide adular al poderoso ni humillarse ante el grande; toda su vida recuerda los beneficios recibidos y deja á la posteridad pruebas palpables de ello, asociando su nombre al de sus bienhechores, y colocándolos en las primeras hojas de sus libros ó dirijiéndole afectuosas cartas de despedida. Cuatro dias ántes de su muerte se despide del Conde de Lemos, dedicándole su *Persiles,* y su carta es modelo de gratitud y afecto y de elevacion de ideas; sufre desengaños sin cuento y no se queja de ello, y siempre noble y altivo lleva el agradecimiento, no como pesada carga, sino como dulce consuelo para su corazon.

No es ménos notable en él el sentimiento de la dignidad; ni adula á España, comparándola con otras naciones, ni la ensalza para postergar á las demás: la lisonja no mancha sus lábios, y él mismo dice:

«*Tuve, tengo y tendré los pensamientos*
De toda adulacion libres y exentos.»

Decir la verdad fué su delito, y en verdad que era preciso, pero duro, revelar al país el desconcierto de ideas en que se

veia envuelto y enseñarle á separar la leyenda de la historia, la fé del misticismo, el honor verdadero de los alardes caballerescos, induciéndolo á unir en amigable consorcio las ideas antiguas con las modernas, que empezaban á alborear. Cervántes no mendigó aplausos, no vendió su pluma; no la puso al servicio de la adulacion ni á merced de los poderosos; siempre noble, siempre grande, siempre con la conciencia de su destino, y su mision sobre la tierra, supo padecer los rigores del abandono y del hambre y las calumnias más infames; supo morir; no supo humillarse ni bajar del alto pedestal en que se había colocado y en que hoy le venera la humanidad.

Como última prueba de la opinion que venimos sustentando y sólo como de pasada, tanto por no alargar este pobre trabajo, cuanto porque el asunto requiere un estudio aparte; citarémos el culto que á la mujer profesa Cervántes, la profunda consideracion que le guarda y el lugar preferente que le dedica; en su vida privada, en sus libros, en sus comedias, en donde quiera que trata de la mujer, lo hace rindiéndola el homenaje más entusiasta, siendo tan galan, tan culto y tan decidido defensor de ella como su *Don Quijote*. Durante su cautiverio, miéntras su permanencia en Argel, estudia profundamente á la mujer musulmana, penetra en los secretos del Harem y hace comparacion admirable entre aquella desgraciada envilecida, postergada, embrutecida, tratada como cosa, y la mujer cristiana, la mujer libre, gala del hogar, amparo de sus hijos, alegría de la familia, compañera inseparable del hombre, báculo de su vejez, encanto de la vida, flor purísima de embriagadores perfumes; siempre amante, siempre amada, ocupando el primer lugar en la sociedad, y recibiendo vasallaje de todo corazon bien nacido. Cervántes pinta la diferencia entre la

mujer sujeta al Señor, sin más lazos que la pasion sensual, y la mujer libre, dueña de su albedrío, señora del hombre á quien sujeta con los dulcísimos é inquebrantables lazos del amor.

Sólo falta, Sres. Académicos, para dar cima á mi obra, ocuparme de Cervántes como cristiano y creyente, y ésto más bien como complemento del tipo moral y acabado del personaje.

La fé, la firmeza en sus creencias, la resignacion en todas sus duras pruebas no necesitan comprobarse; han sido demostradas por ilustres escritores, así como han sido rechazadas con datos inequívocos las calumnias levantadas con el objeto de poner en duda su relijiosidad y la pureza de su catolicismo. Un sábio sacerdote, que fué gloria de esta Academia, y á quien sus graves ocupaciones alejaron de este sitio, nos lo decía en ocasion de conmemorar en Madrid el aniversario del grande hombre. Piadosos fueron sus padres, cristiana fué su educacion, cristianos sus estudios y maestros, cristianos los rasgos de su juventud vigorosa. Oid en Lepanto á Cervántes, y ardiente confesion de fé se escapa de sus labios: «Aunque esté enfermo é con calenturas, decía, más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que bajarme so cubierta.» Contempladle en Argel, y le veréis sufriendo horribles martirios, atado de piés y manos y próximo á ser ahorcado; una palabra puede salvarlo, una abjuracion concederle su libertad, y sin embargo, prefiere los tormentos, arrostra con valor la muerte ántes que renunciar á sus vivísimas creencias y ántes que infamar con una mentira sus cristianos lábios. Vedle tambien emprender gloriosa cruzada; no solamente sujeta á los débiles que intentan renegar, y ruega á los apóstatas para que vuelvan al seno de la Madre Iglesia, sino

que busca á los desgraciados, les consuela en sus aflicciones; parte con ellos su pan, les alienta en el camino de su santa relijion, y de su boca se escapan los torrentes de caridad cristiana en que se abrasa su corazon, entonando al compás de sus hierros, dulces y armoniosos cánticos en honra de la Madre de Dios, de quien fué siempre ferviente adorador.

En sus libros brilla tambien su espíritu cristiano, y nada que pueda un solo instante suponer la duda encontramos en ellos; su *Don Quijote* es un ataque á la supersticion y la incredulidad propaladas en los libros de caballerías, un llamamiento hácia las buenas costumbres; en el Prólogo de sus *Novelas ejemplares* él mismo exclama: «que sus conceptos son tan honestos y medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrian mover al mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que los leyere.»

Sus últimos dias son fiel ejemplo de virtudes cristianas; su resignacion no tiene límites, y se despide del mundo con la vista fija en el cielo y suspirando por una gloria merecida, donde recibiría el premio de sus afanes.

Sus mejores biógrafos, los que más han escudriñado los secretos de su vida, nos dicen que Cervántes fué siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano católico, y que su celo fervoroso é instruccion sólida en los fundamentos de la fé le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida, siendo objeto de envidia su proceder cristiano, honesto y virtuoso. Cervántes, como verdadero filósofo cristiano, supo ser relijioso y timorato sin supersticion, celoso de su creencia y del culto sin fanatismo, y jeneroso y caritativo sin ostentacion. Este fué el hombre juzgado por sus obras y por sus

libros: como español el más entusiasta, como caballero el más cumplido, como cristiano el más fervoroso y resignado. La posteridad le ha hecho justicia, y su nombre se repite con veneracion y respeto, por que significa y representa, génio, virtud, desgracia.

No molesto más vuestra benévola atencion, Sres. Académicos; harto he abusado de ella, y es tiempo ya de concluir. Si no he conseguido el objeto que me proponía, si mis palabras no han sido dignas, ni del personaje en cuya honra se pronuncian, ni del auditorio que me rodea, culpad á mi pequeñez, no á mi voluntad; lleno de bríos y entusiasmo empecé mi trabajo y pedí á Cervántes un rayo de luz para elevarme á su altura; triste y desanimado lo he concluido, que él merece la más alta elocuencia, la mayor glorificacion, la pluma más inspirada; si todo esto le ha faltado al ser yo quien cante su virtud y su jénio, en cambio le he entregado mi corazon todo, mi pecho ha latido al inspirarse en sus hechos de armas, he suspirado por su libertad al verlo jemir cautivo; he adorado el jénio retratado en sus libros, y he llorado al verlo morir triste, pobre, solo y abandonado; mi entusiasmo y mi veneracion le han seguido desde la cuna al sepulcro tributándole siempre el culto más ardiente.

Cervántes, personificacion de lo grande y de lo bueno, llena de orgullo á todo español y llena con su gloria aquel magnífico siglo XVI, que un compañero nuestro, muerto cuando más podíamos esperar de su talento, y á quien nunca lloraremos bastante, cantaba en estos magníficos versos:

«Cada edad en un símbolo se encierra,
Cada siglo su gloria a un hombre toma;

A Homero Grecia, y a Virgilio Roma,
A Dante Italia, a Shakespeare Inglaterra.

»*Grande era España; rayo de la guerra*
Su brazo poderoso al mundo doma:
Mas grande aún cuando en su Oriente asoma
El sol del génio que alumbró a la tierra.

»*¡Soberbia edad que ostenta por blasones*
A San Quintin, a Otumba, y a Lepanto;
Que de Lassos y Herreras y Leones

»*Oyó el sublime y armonioso canto!...*
¡Inmenso siglo! ¡Siglo de gigantes
Que abrió Colon y que cerró CERVANTES!»

He dicho.

Nota.—Los escritores á quienes se hace alusion en el discurso precedente, y de quienes hemos tomado materiales para nuestro trabajo, consultándolos é inspirándonos en sus libros, son entre otros:

Mr. Emile Charles, cuya obra titulada *Michel de Cervántes* es notable por más de un concepto.
D. Martin Fernandez de Navarrete.
D. Manuel José Quintana.
El Marqués de Molins.
D. Buenaventura Cárlos Aribau.
D. José María Asensio.

Otra.—El Académico muerto, autor del Soneto que cierra el discurso, es el Sr. D. Francisco Escudero y Perosso.

COMPOSICIONES POÉTICAS.

PRIMER TEMA

UN EPISODIO HISTÓRICO

DE LA

VIDA DE CERVÁNTES.

LA MUERTE DE CERVÁNTES

.....¡Oh muerte,
Alcanzas al mismo sol,
Que apesar de su arrebol
Destruyes con mano fuerte!

F. Sanchez del Arco.

Era una tarde risueña
De primavera florida,
De aquellas en que, adormida
En ilusion alhagüeña,
El alma despierta sueña
Sin inquietud ni desvelo,
Y siente tanto consuelo
Y tan inmenso placer
Que juzga la tierra ver
Como un pedazo del Cielo.

Velábase en Occidente,
Entre celajes de oro,
El Sol, vertiendo un tesoro
De su roja luz ardiente.
Murmuraban dulcemente
Las áuras en la ancha vega
Donde su cristal despliega
El inquieto Manzanáres,
Que, nacido entre pináres,
A ser cortesano llega.

Toda galas y belleza,
Y perfumes y frescura,
Con explendente hermosura
Brillaba naturaleza.
Mas ¡ay! cuando la tristeza
Se anida en el corazon,
Cuando de horrible afliccion
Se siente amargo delirio;
¿No son acaso un martirio
Las galas de la creacion?

Quizás este pensamiento
Suspirando revelaba,
Una mujer, que lloraba
En un humilde aposento.
Y con hondo abatimiento
Sus ojos se dirigían
A un lecho, donde yacían
Sus esperanzas postreras:
¡Flores cuyas primaveras
Yá nunca más volverían!

Enfermo, débil, anciano,
Apenado y moribundo,
Mira su apoyo en el mundo
Rendido á su mal tirano.
Combate el dolor insano
Su ser con tal inclemencia,
Que á la terrible violencia
De aquel contínuo sufrir
Está para concluir
Su trabajada existencia.

BIBLIOTECA Granada ANDALUCÍA

Como diadema explendente
De purpurino arrebol,
El postrer rayo de sol
Baña su tranquila frente.
En ella confusamente
Con caractéres extraños,
Las penas y no los años
Con arrugas escribieron
Que grandes sus males fueron
Y grandes sus desengaños.

Génio de luz inmortal
Olvidado, oscurecido,
Muere como habia vivido
En abandono fatal.
Cuando en lucha desigual
Con su eterna desventura
Soñó llegar á la altura
Que en justicia merecía,
Con dolorosa agonía
Ve abrirse su sepultura.

¡Ay! los reflejos brillantes
De su romancesca história
Son la corona de glória
Del moribundo Cervántes.
Astros de luces radiantes
Nacidos de sangre y llanto,
Que hoy nos muestran el encanto
Del escritor ingenioso,
Del soldado valeroso,
Del cautivo de Lepanto.

¡Amarga cosa es vivir
A eterno trabajo asido
Y pobre, y desconocido
Llegar al cabo á morir!
¿Qué importa que el porvenir
Le presente en lontananza,
La glória que el génio alcanza
Y tanto á la envidia aterra,
Si jamás tuvo en la tierra
Ni proteccion ni esperanza?

Sólo un dulce resplandor
Su negra suerte colora,
Y es de la esposa que llora
El ardiente y puro amor.
Delicada y bella flor
Para su dicha nacida,
Entre lágrimas crecida,
En las desventuras fuerte,
Y que lucha con la muerte
Para dilatar su vida.

Mas ¡ay! ¿Qué sirve el luchar
Si quiere el poder divino,
El fin de nuestro camino
En sus designios marcar?
Cuando del inmenso mar
De la eternidad incierta,
El alma temblando acierta
A traspasar los umbrales,
De un largo sueño de males
Parece que se despierta.

Un anciano trinitario
Y dos leales amigos,
Son los únicos testigos
Del doloroso Calvario;
Que en su lecho solitario
El triste enfermo padece,
Y áun cuando su mal acrece
¡Tal es la injusticia humana,
Que en envidiarle se afana
Y nunca le compadece!

Mira á su afligida esposa
Cervántes, y una sonrisa,
Triste y dulce cual la brisa
Entre la arboleda umbrosa,
Vaga un punto misteriosa
En sus lábios al decir
Cual si anhelara encubrir
El dolor que le domina;
—Levántame, Catalina;
Quiero probar á escribir.

—¿Y has de poder?...
Anhelante
Por una vaga esperanza
Que vislumbra en lontananza
Responde la esposa amante.
—Sí, más pronto.
Y el semblante
Se nubla del religioso,
Y afán triste y doloroso
Sienten los amigos fieles
Al ver algunos papeles
Que ella presenta á su esposo.

Al par con un tierno abrazo
Ciñe el cuerpo dolorido,
Que se doblega rendido
Sobre el amoroso brazo.
Al sentir tan dulce lazo
Cervántes bendijo al cielo,
Que para calmar su anhelo
En las penas de la vida,
Le dió en su esposa querida
El ángel de su consuelo.

La pluma, cetro de glória
Sostiene con torpe mano,
Y más de una vez en vano
Esforzando su memoria,
Quiere de su triste história
El epílogo decir,
Y tornando á sonreir
Amorosa y dulcemente
Por su voluntad potente
Consigue al fin escribir.

«Antiguas las coplas son
»Que de este modo dijeran;
»Mas ¡ojalá no vinieran
»Tan bien en esta ocasion!
»Ayer con la Extrema-uncion
»El postrero bien recibo:
»*Puesto ya el pié en el estribo*
»Aunque el espíritu fuerte,
»*Con las ansias de la muerte*
»*Gran señor, esta te escribo.*»

Así de su protector
El noble Conde de Lemos,
Se despide con extremos
De agradecido fervor.
A él sólo debió favor
En su desdicha notoria,
Y en tierna dedicatoria
De su novela postrera,
Legarle Miguel quisiera
Con su recuerdo su glória.

Y mientras que dominando
Su padecimiento escribe,
Y así consuelo recibe
Catalina está llorando.
¡Triste el que vive esperando
Y su esperanza perdida,
Huye como flor caida
Que el huracan arrebata,
Dejando una espina ingrata
En el alma dolorida!

Poco, muy poco, escribió,
Y del esfuerzo rendido
Sobre su lecho, abatido
El triste enfermo cayó:
Y á sus amigos miró
Que en silencio contemplaban
Esta escena y suspiraban
Viendo con dolor profundo
Cuán poco era yá del mundo
El ingénio que admiraban.

. . . . . .

Lució dos veces la aurora
Despues de este triste dia,
Dando á la vega alegría
Con su mano bienhechora.
Y dos veces la canora
Ligera turba de aves,
Con sus cánticos suaves
Por el espacio volando
Prestaban consuelo blando
A los dolores más graves.

Como lámpara olvidada
Que se apaga suavemente,
Y se vé su llama ardiente
Por negra sombra velada;
Así la vida cansada
De sufrir y padecer,
Iba al fin á recorrer
Como errante peregrino,
El misterioso camino
De la muerte y el no ser.

Risueño, bello y gentil,
Y todo luz y colores,
Y aromas de bellas flores
Era el veinte y tres de Abril.
Cuando en delirio febril
Y dolorosa agonía,
Al cabo la muerte hería
Con implacable guadaña
Al noble génio que España
Ingrata desconocía.

El lecho de su dolor
Como siempre rodeaban,
Dos amigos que le amaban:
Su esposa y su confesor.
¡Nadie más!! Causa rubor
Ver en tan triste abandono,
Víctima de ciego encono
Y de manejos villanos,
Aquél á quien los humanos
Alzar debieran un trono.

¡Triste cuadro que se siente
Más no acierta á describirse!
¿Cómo pudiera decirse
Cuando el alma tiernamente,
Huérfana, sola y doliente
Busca el alma que ha partido
Y con acerbo gemido
Que nace del corazon,
Demanda á la religion
El consuelo que ha perdido?

¡Murió Cervántes! y el llanto
De su esposa y sus amigos,
Son elocuentes testigos
De su profundo quebranto.
Puro afecto, noble y santo
Que por su mérito inspira;
Y más el alma suspira,
Al ver que en penas crüeles,
El que merece laureles
Entre indiferencia espira.

Cuán grande su ingénio fué
Dígalo si nó la fama,
Que en todo el mundo le aclama
Por su entusiasmo y su fé.
Do quier su nombre se vé
Entre aureolas brillantes,
Ni habrá despues, ni hubo ántes
Hombre de quien la memoria,
Resplandezca con mas glória
Que logra la de Cervántes.

¡Rayo de luz eternal,
Cuyas valientes creaciones,
Son espléndidos florones
De tu corona inmortal!
¡Si ves desde el celestial
Edén, tu nombre aclamado
Y tu *Quijote* buscado
Con solicitud estraña,
Es que tu madre, tu España,
Lo que te debe te ha dado!

Y eso que abatida y triste
Entre angustias y dolores
En vez de manto de flores
Manto de abrojos reviste.
Que guerra y muerte resiste
Con indomable energía,
Y sin embargo este día
Olvida su mal prolijo
Para honrar al noble hijo
Que es su orgullo y su alegría.

Y entre las áuras suaves,
Y del agua entre el murmullo,
Y entre el amoroso arrullo
De las trinadoras aves;
Y entre los rumores graves
Del torrente bramador,
Grito de inmenso loor
Resuena de polo á polo:
¡Cervántes! tu nombre sólo
Es digno de tal honor!

¡Porque fuiste desdichado
Y modesto cual valiente,
Y porque en tu noble frente
El génio se vió grabado;
Y esclavo del triste hado
Que en perseguirte se ensaña
Fuiste con paciencia extraña
Durante tu vida inquieta,
Soldado, escritor, poeta,
Mártir y glória de España!

Isabel Cheix Martinez.

SEGUNDO TEMA

UN ASUNTO TOMADO DE LA HISTORIA

Ó DE LAS

TRADICIONES DE SEVILLA.

LEONOR DÁVALOS

¡Qué estátua es tan eterna
cual tú, tradicion santa!

I

¡Oh pudor! velo santo,
Velo puro del alma,
Entre redes de púrpura
Que la azucena esmaltan,
La castidad sencilla
Despide su fragancia.
Yo contemplé tu aurora
En rayos de escarlata,
Brillando en las mejillas,
De las doncellas castas.
¡Oh sensitiva hermosa,
Que al soplo de las auras,
Cierras tu cáliz bello,
Huyendo amedrentada,
Del eco de un suspiro,
Del són de una palabra,
Muriendo ante unos lábios
Temblando á una mirada,
Tú, del jardin del Cielo
Eres la flor más grata,
Tú eres la antorcha pura
Que ilumina las almas.

¡Oh vírgenes sublimes
De cándida ignorancia,
Que tanto hablais del cielo
Y de la tierra, nada!
Que sois de aves y flores
Compañeras y hermanas,
No son del sol ardiente
Esos rayos de grana
Que pintan de carmines
Vuestras mejillas blancas,
Son las sombras que os presta
El Angel de la Guarda,
Con los colores puros
De sus abiertas alas.
Pureza, el Paganismo
A sus vestales daba;
Honor, daban los dioses;
Pudor, la fé Cristiana,
Que fué la suave aroma
Que el trage embalsamaba
De aquella Vírgen, Madre
De Dios, Inmaculada,
Aroma que esparcieron
Las celestiales áuras
Para arrullar los dulces
Ensueños de la infancia,
Para prestar encantos
A las doncellas castas,
Y para dar al mundo
Mártires sacrosantas.

¡Oh patíbulo, altar de horrible nombre!
Una vez sola te miré entre llanto,
Y, tu siniestra imágen me dió espanto,

Y me dió miedo la maldad del hombre.
El viejo mundo para aquél que labra,
El crímen y la noche en su conciencia,
No tiene otro Jordan, ni otra sentencia
Que tu espantosa y lúgubre palabra.
Aún recuerdo los fúnebres crespones
Con que el sol, por no verte se envolvía,
Aún aspiro el hedor que se esparcía
En torno de tu tronco tremebundo,
Hedor que semejaba el nauseabundo
Aliento de podridos panteones.
Tronco del árbol, donde sólo el cuervo
Halló morada en el ramaje umbrío,
Arido tronco que el rigor acerbo
Del crudo invierno, alimentó con frío:
Yo miré en tus perfiles descarnados,
Histórias de amarguras y dolores,
Momentos de agonía no espresados,
Angustias, y quejidos, y terrores...
Ví en torno tuyo, con marchitas frentes,
Pasar, sombras sangrientas y horrorosas,
Criminales, malvados, inocentes....
¡Inocentes! tambien.... ¡sombras sin cuento
Que envueltas en su fúnebre sudario,
Blasfemaban del mónstruo sanguinario,
Que tomó con Cain nombre y aliento
Para matar á Cristo en el Calvario.

¡Ver el hombre la muerte de su hechura!
¡Contemplar el patíbulo afrentoso,
Asistir sin llorar á esa amargura,
Escuchar el crugido pavoroso
Del volcan que devora el cuerpo humano,
Y sentir muchas veces salpicada

La frente con la sangre del hermano!...
No es para el corazon este horroroso
Espectáculo fiero....
La humanidad, no tanto se degrada...
Es esa muchedumbre encarnizada
Ejército carnívoro, espantoso...
Repugnante bandada
De buitres que en redor de muerta presa
Forman círculo horrible y asqueroso.
Inmensa multitud en la Laguna
Aguarda el cruel suplicio....
Mas la plebe feroz por su fortuna
Poco esperó. Con ronca gritería,
Yá la víctima viene al sacrificio,
Yá se acerca, exclamaba, y en tristura
Entrando por su calle de Amargura
Se vió la procesion de la agonía.

Desarrapados chiquillos
Que son baldon de la infancia,
Y prólogo de tumultos
Y principio de algaradas,
Como siempre, á la cabeza
De aquel cortejo marchaban.
Iban despues los soldados,
Paso abriendo en la canalla,
Y detrás de ellos dos filas
De frailes, con velas blancas.
Sobre infamante carreta
Que un mal rocin arrastraba,
Precedida del verdugo
Con su trage de escarlata,
Y del ronco pregonero
Que la sentencia declama,

Del pueblo oculta á los ojos
Por un bosque de alabardas,
Vestida de blanca nieve
Y por el terror helada,
La triste Urraca de Ossorio,
Sin suspiros y sin lágrimas
Hace de su amarga vida,
La postrer, triste jornada.
La comitiva espantosa
Atraviesa calles, plazas,
Y al verla sordos rumores
Compasivos se levantan.
Rumores que el pregonero
Con fúnebre acento apaga
Al gritar: «Esta es justicia
Que manda nuestro Monarca
Hacer, en los que traidores
Se alzaron por Trastamara.»
Y al pueblo dicen los frailes
«Rogad á Dios por su alma,»
Y nadie fija los ojos,
Ante tan cruda desgracia,
En la afligida doncella
Que la carreta acompaña
Regando el polvo que pisa
Con el raudal de sus lágrimas.
Llegó por fin al recinto
Donde la muerte esperaba,
La fúnebre comitiva
Cada vez más aumentada.
Crece entónces el tumulto
Crecen las curiosas ánsias,
Todos miran á la víctima,
Todos gritan, todos hablan.
«Y entónces el pregonero
Esta es la justicia, esclama,

Que hace nuestro Rey. El pueblo
Al nombre de su Monarca,
Temblando, la frente inclina
Sintiendo miedo en el alma.
El verdugo, prende impávido
Fuego á la leña hacinada,
Y la infelice matrona
Siente sus venas heladas,
Al escuchar cómo crugen,
Cómo se incendian y estallan
Aquellos troncos que un dia
En sus florecidas ramas,
Dieron nido á los amores,
De avecillas ignoradas,
Y del bosque fueron joyas,
Y perfume de las áuras.
Yá el fraile lleno de angustia,
La despide con palabras,
De Dios y de Cielo... ¡Cielo
Cuando el fuego que le aguarda
Muestra el espanto que esconde
El Averno en sus entrañas!
Mas la Cruz, ante sus ojos
Presenta el fraile, y el alma
De aquella mujer, vislumbra
Nueva, risueña esperanza.
Ora un instante, y el pueblo,
Confuso clamor levanta
Al contemplar que la víctima,
Sin sollozos y sin lágrimas,
A otra mujer, en su seno
Sostiene, besa y abraza.
¿Cual de las dos, en la hoguera
Vá á morir? se preguntaba.
Y la plebe estremecida
Tuvo la respuesta, clara,

Oyendo, en dulces acentos
Estas supremas palabras.

Leonor!—No llores por mí,
Al contemplar esa hoguera,
La muerte mas cruda y fiera
Es separarme de tí.
Yo muero inocente, sí,
Pero el destino adversario
Me juzgó, siempre contrario,
Al que es justo... ¡no te asombres!
¡Tambien á Cristo los hombres
Dieron muerte en el Calvario!—

La muerte no me intimida,
Ni me amedrenta el suplicio,
Si Dios me mira propicio
Y encuentro en Él acogida.
Ni es más que un sueño la vida,
Tal vez morir es nacer,
Y si compra el padecer
Mayor glória, mayor cielo...
¡Padecer mucho es mi anhelo
Para más glória tener!

Cual fénix, de mis cenizas
Renaceré victoriosa;
Mi pura esperanza hermosa,
Tú, cruda hoguera, realizas.
Si mi cuerpo martirizas
No quebrantarás mi calma.
De mártir me dás la palma
Y cuando el martirio acabe
Mi triste cuerpo, cual ave
Volará al cielo mi alma.

Leonor, dulce compañera,
Consuelo de mi dolor,
Me separan de tu amor
Las llamas de aquesa hoguera.
Une tu oracion sincera
Para que cese el encono
De mi hijo contra el trono
Del Rey que me hace matar
Y haz le llegue á perdonar
Cual yó al morir le perdono.

Calló la triste matrona
Y hablar no pudo Leonor,
Pues le quitaba el acento
La angustia del corazon.
Cayó á sus piés la infelice
Cual árbol que rayo hirió
Y D.ª Urraca al mirarla
En tan inmensa afliccion
Por evitar que la vista
Del suplicio, mas dolor
Le causára, como madre
Su pura frente besó,
Y sin ayuda, ni amparo,
Firme al cadalso subió
Teniendo puestos los ojos
En su doncella y en Dios.

La plebe muda y transida
De pena y santa emocion,
Si miraba á D.ª Urraca
Aun más miraba á Leonor,
Que desmayada en el suelo
Sin vida en el corazon,
Sencilla flor parecía
Que de su rama arrancó

La cuchilla cortadora
De implacable segador.

La hoguera en tanto, sus penachos rojos
Entre espirales de humo levantaba,
Y entre secos, crugientes estallidos
Los maderos bordábanse de grana.
Sobre aquel mónstruo de encendido aliento,
Por bárbaro cordel aprisionadas
Las finas manos al esbelto talle
Que cadena de hierro sugetaba
A duro poste, sobre el cual escrito
Se vía la sentencia encarnizada;
Cordel que semejaba una serpiente
Asida al tallo de azucena blanca,
Sentencia que tal vez por su injusticia
El INRI de Pilatos recordaba,
La madre de un Guzman, nieto del Bueno,
La de Ossorio, matrona infortunada
Del mónstruo las horribles convulsiones
Siente latir bajo sus níveas plantas.
El viento, sin piedad, sobre su frente
Encrespa nubes de horrorosas llamas
Que en remolinos vuelven hácia el suelo
Y ante sus piés, cual olas se desmayan.
Y lleva el viento en la ocasion aquella
Tanto génio infernal entre sus alas
Que, al par que aviva el criminal brasero,
Mayor tormento á la de Ossorio manda.
Con torpe anhelo bajo el blanco trage
Se agita y se deprime y se agiganta,
Y en impúdicas ondas elevándose
La fácil tela, desnudó nefanda
Tesoros del pudor, que hallan la muerte

Al encontrar del hombre la mirada.
El viento mancillaba la pureza
De aquella triste mártir, que pugnaba
En medio del dolor de su agonía
Por desatar sus manos laceradas
Y ocultar el semblante enrojecido
Por la vergüenza sí, no por la llama.
Pero el viento quizá compasion tuvo
Y con el trage le cubrió la cara.
Y, ¡oh bárbara impureza de los hombres!
¡Baldon eterno de la raza humana!
¡Apetito brutal! tú alzaste inícuo
Asquerosas y horribles carcajadas
En torno del suplicio; tú infamaste
El altar de la Muerte, horrorizada
Al hallar en humanos, más fiereza
Que en su espantosa y lúgubre guadaña.
¡Infamar á la Muerte y al tormento!
Mas ¿qué respetas tú, lepra del alma?
Si en tu ambicion, de la sencilla vírgen
El puro cáliz con furor desgarras,
Si nada de tu afan libre se mira,
Si tu mano deshonra hasta la infancia,
Si hasta hiena, desciendes á las tumbas,
Si hasta el cielo, sacrílega, te alzas,
¡Qué estraño que al mirar lo que miraste
No vieses la agonía, ni las lágrimas,
Y hallases bueno, por gozar del crimen,
Lecho formado de horrorosas llamas!

La plebe con gritería,
A carcajadas reía,
Risa tan torpe y tan loca
Que brotada de la boca
De Lucifer parecía.

Carcajadas que el dolor
Del cadalso hacían mayor;
Infames, roncos ahullidos,
Que zumbando en sus oidos
Despertaron á Leonor.
La pobre niña, en su afan
Miró el ardiente volcan,
Y el nuevo horror miró en él
Y oyó la risa cruel
Que alborozaba á Satan.
Y en medio de su agonía
Creyó la triste que oía
Grito que á su pecho hablaba,
Lamento que le arrastraba
Hácia aquella hoguera impía.
Y no era grito de amor....
Era la voz del pudor,
Que al ver en virtud agena
¡Tanta infamia! ¡tanta pena!
Alzaba santo clamor.
Grito que lleno de anhelo
Llegaba pidiendo al cielo,
Porque, cual celeste escudo,
A aquel honor ¡tan desnudo!
Piadoso tendiera un velo.

. . . . . .

Leonor se siente morir;
Mas, entre el rudo sufrir,
Se le ocurre un pensamiento,
Y es.... el dar vida y aliento
Y honra agena redimir.
Y, cual paloma ligera
Que en la verde primavera
Tiende el vuelo al dulce nido,
Voló al brasero encendido,
En delirante carrera.

Y la madre de Guzman
Al ver de Leonor la empresa,
Olvida el calor del fuego
Que hasta sus huesos penetra.
Lucha por romper los nudos,
Que sus manos encarcelan,
Pues quiere abrazar el cuerpo
Que viste y cubre su ofensa.
Nada dice, hablar no puede,
Mas el llanto con que riega,
La frente de su Leonor
Bendice, suspira y besa.
¡Que el llanto, en sus limpias gotas
Acentos del alma lleva!
Las llamas crecen y crecen,
El viento aviva la hoguera
Y nubes de fuego y humo
Se alzan sobre sus cabezas.
. . . . . .
Leonor dá un grito, uno sólo.
Siente una roja culebra
Que en sus escamas de fuego
Su vírgen cintura aprieta.
Se alza entónces, y la plebe
Miró llorando, la escena
Más horrible.—En un abrazo
La noble mártir estrecha
El cuerpo yá marchitado
De su idolatrada dueña.
Y como en nido encantado,
Cuando el sol tíbio se aleja,
La paloma entre sus alas
Oculta arrullando tierna
De su amante enamorada
La blanca y pura cabeza,
Así Leonor en sus hombros

De nieve que se deshiela,
Esconde la frente pura
De Urraca, que yá sin fuerzas
Sólo con suspiros habla,
Y con lágrimas espresa
Las bendiciones del cielo,
La gratitud de la tierra.

. . . . . .

¿Qué fué?—Las llamas formaron
Dos círculos, dos diademas:
Sólo se vieron cenizas
Cuando se apagó la hoguera.
¡Las almas...!—¡Allá en el cielo,
De los humanos se quejan!

No hay mármol que celebre
Con caprichosa estátua,
La historia inmarcesible
De tan pasmosa hazaña.
Pero el sencillo vulgo
Que su memoria guarda,
Cuenta la triste historia
Entre raudal de lágrimas,
Y un siglo que la escucha,
Al otro la relata...
¡Qué estátua es tan eterna
Cual tú, tradicion santa!

Manuel Cano y Cueto.

FERNANDO DE HERRERA.

¡Dichoso yó si alcanzo lo que pido!
F. de Herrera.

I.

Sevilla, vergel querido
Del árabe en otro tiempo,
A cuyo recuerdo llanto
Aún vierte allá en el desierto,
La ciudad que, reclinada
A la sombra del soberbio
Monumento que al Creador
La Fé y el Arte erigieron,
Cual poderosa sultana
Oye el rumor soñoliento
De las cristalinas ondas
Del Guadalquivir sereno,
Miéntras en manto de flores
Se envuelve, y cual puro incienso
Le ofrecen su grato aroma
Naranjos y limoneros.
Del sol la hermosa querida,
La eterna mansion del génio,
La que su nombre la fama
Grabó con letras de fuego;

Entre tinieblas oculta
Yace en profundo silencio,
Y pensando en sus grandezas
Reposa en brazos del sueño.
Sueño que arrulló otro dia
Moruna guzla gimiendo;
Sueño que turbó cien veces
El Monarca justiciero;
Y que ahora sólo interrumpen
Quejas de amorosos celos,
Que á damas dán en la reja
Enamorados mancebos.

~~~~

En el palacio del Conde
De Gélves, noble heredero
De títulos y fortuna
Y hombre de claro talento,
En un salon espacioso
De rico tapíz cubierto,
Que una opaca luz alumbra
Con misteriosos reflejos,
Dibujando en las paredes
Mil sombras, que, cual espectros,
Ya presurosas se ajitan
Al compás de los destellos,
O ya corriendo medrosas,
Pegándose al duro cedro,
En las labores se ocultan
Del artesonado techo:
Sentado junto á una mesa
Un apuesto caballero,
Jóven, de mirada altiva
Y luengo y blondo cabello,
~~~~

Habla, con voz reposada
Y con angustiado acento,
A un ilustre personage
Que, en trage talar envuelto,
Próximo á él, silencioso
É inmóvil sobre su asiento,
Le escucha sin replicar,
La vista fija en el suelo.
Y en un sitial, colocado
Del salon en un estremo,
Junto á una gran chimenéa
De bruñido jaspe negro,
Reposa una ilustre dama
En cuyo rostro hechicero
Marcadas están las huellas
De profundos sufrimientos.
—«Ved; dice el Conde de Gélves,
Que es el noble caballero
Que hablando al *divino* Herrera
Turba el profundo silencio,
»Yo sus más leves antojos
Por complacerla obedezco,
Y por mejorar su estado
Diera, Herrera, cuanto tengo.
»A su estraña enfermedad
La ciencia no halla remedio,
Y cual funeraria antorcha
Se vá su vida estinguiendo.
»¡Vos comprender no podéis
Cuánto al mirarla padezco!...»
Herrera, ahogando un suspiro,
Replica:—«¡Sí; lo comprendo!....»
—«Amarla cual yo la amo,
Quererla cual yo la quiero,
Verla padecer y triste
No hallar á su mal consuelo;

»Es una pena tan grande,
Es un dolor tan acerbo,
Que tan sólo quien le sufre,
Puede ¡ay de mí! comprenderlo!....»
Herrera inclina la frente
Sobre su agitado pecho
Y sollozando repite:
—«¡Sí, Conde, sí, lo comprendo!.....»

. . . . . .

—«Señor,» un paje interrumpe,
Alzando el tapiz soberbio
De la entrada.
—«Qué hay?»
—«Os buscan
Aquí.»
—«Quién?
—«Dos caballeros,
Que de hablaros manifiestan
Tener vehemente deseo.»
—«Voy. Esperad vos aquí,
Herrera, que presto vuelvo.»
Y esto diciendo salió
De la estancia con pié lento,
Y el eco de sus pisadas
Se fué estinguiendo á lo léjos.
Al verle salir murmura
Herrera con triste acento:
—«Dichoso tú, que no añades
A esos tus males los celos!»

II.

Solo Herrera, y frente á frente
De la mujer que adoraba,
Sintió brotar en su mente
Una idéa que inclemente
Su cerebro atormentaba.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

Ni el más pequeño rumor
Percibe, aunque ávido escucha,
Y aumentando su dolor
Entre el deber y el amor
Se entabla sangrienta lucha.

Lucha en la que el desgraciado
En vano implora consuelos;
Que su pecho lacerado
Es un volcan inflamado
Por la furia de los celos.

En su loco frenesí
Esclama:—«¿Qué he de hacer yó,
Si escucho dentro de mí
Una voz gritarme: «sí»
Y otra voz gritarme: «nó?»

»Si á mis pasiones alhago
Falto aleve á la amistad.....
Si á la amistad satisfago,
Entónces..... ¡Cielos! ¿qué hago?...
¡Piedad, Dios mio, piedad!.....

»Ocultar ésta pasion
Y este afecto sin segundo
No puedo; que el corazon
Es muy estrecha prision
Para un amor tan profundo!

»Y serán nécios antojos
Si juzga nuevos agravios,
Que aquí, á sus plantas de hinojos
Lo que yá han dicho mis ojos
Repitan no más mis labios.

»Este martirio horroroso,
Esta duda al fin acabe;
Si no puedo ser dichoso
Sucumbiré venturoso
Sabiendo que ella lo sabe.

»Tente, tente, fantasía,
No así turbes mi razon;
Si amarla no es culpa mía,
Decírselo yá sería
Criminal, cobarde accion.

»Tal vez si ella me quisiera....
¡Jamás querrá su deshonra!
Quizás si yó le dijera.....
¡Nunca: pensarlo siquiera
Fuera mancillar su honra!»

Reflexiona y decidido
Esclama:—«Sí, no volver
A verla, y darla al olvido,
Y así quedará vencido
El amor por el deber.»

Dispónese á salir, cuando confuso
Y misterioso llega á sus oidos
El eco de una frase entrecortada
Mezclado con el eco de un suspiro.
Sus pupilas ardientes fija Herrera
En el estremo del salon sombrío,
Y al rojo resplandor de incierta llama
Estasiado contempla al sér querido.
Con la boca entreabierta, conteniendo
Del corazon rebelde los latidos,

Dilatados sus ojos, cuyos párpados
Baña abrasado llanto comprimido.
Con paso acelerado y vacilante,
En su frente sintiendo un sudor frio,
A impulsos de una fuerza irresistible
Camina, como el reo hácia el suplicio.
Llega á donde ella está, tiembla,se apoya
En el respaldo del sitial macizo
Dó reposa Leonor, y avergonzado
Quédase inmóvil, con el rostro lívido.

III.

Allí, la dama ilustre y poderosa
De hermosura y virtud claro modelo,
La Condesa de Gélves, dormitaba
Vencida por la fiebre y por el sueño.
Cual pálida azucena, cuyo tallo
Tronchó inhumano el aquilon violento,
Su purísima frente doblegaba
Sobre su hermoso y nacarado seno:
Sus sonrosados párpados cubrian
De sus pupilas el ardiente fuego,
Cual sonrosadas, trasparentes nubes
Cubren del sol radiante los destellos:
En torno de sus ojos se ostentaban
Amoratados y azulados cercos,
Y surcaban sus pálidas mejillas
Hermosas venas de color de cielo.
Sobre su blanca y tornëada espalda
Y acariciando sus redondos pechos,
Se estendían, cual red de luz y oro,
Las doradas guedejas de su pelo.
Aquel tranquilo mar se deprimía
O elevada con grato movimiento,

A impulsos del latido acompasado
De un corazon de padecer deshecho.
Sus labios abrasados por la fiebre
Dejaban escapar entre su aliento
Palabras misteriosas y confusas
Mezcladas con suspiros y lamentos.
Siente al mirarla Herrera allá en su mente
Brotar cual blanca nube un pensamiento,
La nube se ajiganta, y al fin ruge
Borrascosa tormenta en su cerebro.
Olvídase de todo, y anhelante,
A su inmensa pasion al fin cediendo,
Se inclina hácia la hermosa y se estasía
De ella al sentir el perfumado aliento.
Ébrio yá de placer su nombre escucha
Pronunciar á Leonor en sus ensueños,
Y en un punto sus labios se juntaron,
Y en un punto sus almas se fundieron.
En el recinto del salon sombrío
Del beso criminal resonó el eco,
Y altivo Herrera se incorpora y grita:
«¿Quién es?» Temblando de furor y celos.
Y al ver su sombra silenciosa y grave
Alzarse ante su vista cual espectro
Misterioso, replica: «¡Es mi conciencia!...
¡Es la voz de mi Dios á quien ofendo!»
Hácia la puerta presuroso corre
Y al pisar de la calle el pavimento
Vuelve la vista atrás y vé á su sombra
Que implacable doquier le vá siguiendo.

La condesa, al sentir sobre sus lábios
Otros lábios posarse, y en su seno
Penetrar, cual la esencia de las flores
Otro aliento mezclado con su aliento.

Sobresaltada se despierta, y mira
En torno con afán, y esclama luego,
Al verse sola en la medrosa estancia:
«¡Horrible realidad y horrible sueño!»

IV.

En vano la ciencia apura
Sus recursos, por salvar
A Leonor, su malestar
Solo la muerte lo cura.
Víctima de intenso amor
Quiere sofocarlo y muere,
Que, honrada y noble prefiere
A la existencia el honor.
Marchita yá su hermosura,
La cabeza doblegada
Sobre el pecho, y la mirada
Triste, vaga é insegura.
Reposa en alto sillon
De rico tapiz forrado,
Frente á frente colocado
De un espacioso balcon;
Los rayos del sol naciente,
Que en la estancia penetraban,
Sus trenzas acariciaban,
Besando su casta frente;
Miéntras, saludando al día,
Con dulces trinos süaves
Cantaban léjos las aves
Himnos de amor y alegría;
Y sus corolas de nieve
Las bellas flores abriendo
Amantes iban cubriendo
De aromas el áura leve.

¡Cuán horrible era la suerte
De aquel alma desvalida,
Viendo despertar la vida
Yá en los brazos de la muerte!
—«Al fin voy á sucumbir,»
Dice Leonor suspirando,
Y despues la vista alzando:
—«Al fin cesa mi sufrir.»
«Si en este mundo los dos
Jamás unirnos podemos,
Muy pronto nos unirémos
En la presencia de Dios.»

Sus ojos se entornan, sus lábios de rosa
Se agitan tomando del lirio el color,
Sus nervios se crispan, su voz armoniosa
Se apaga, se estingue cual ténue rumor.
Su frente se inclina; los dientes oprime;
Retuerce los brazos con furia tenaz;
Su mórbido seno la muerte deprime,
Y rojas espumas inundan su faz.
Y allá en las esferas, cual santo querube,
Lanzando en el éter reflejos de luz
Se vé vaporosa blanquísima nube
Que borda del cielo la túnica azul.

V.

En los mares de Occidente
Sepulta su cabellera
El sol, poblándose el mundo
De misteriosas tinieblas.
En oscuro cementerio
Que baña la luz incierta
De la luna melancólica
Que vaga por la ancha esfera,

Un hombre inmóvil, sombrío,
Junto á un sepulcro de piedra,
Cruzados entrambos brazos
É inclinada la cabeza,
Exhala tristes sollozos
Que el viento en sus alas lleva,
Y en su delirio repite:
«¡Despierta, Leonor, despierta!»
«Vén á calmar mis pesares,
Vén á mitigar mis penas;
Vén á los brazos del hombre
Que más te quiso en la tierra!»
El eco de sus palabras
De tumba en tumba resuena,
Las sombras de los sepulcros
Parecen moverse inquietas;
Las campanas á lo léjos
Tocando á muerto voltéan,
Y los cipreses ondulan
A impulsos del áura leda;
Las inciertas lucecillas,
Que lucen un punto apénas,
Rojas pupilas parecen
Que le miran, que le observan....
Sus palabras yá le espantan,
Todo cuanto vé le aterra,
Y doblando las rodillas,
«¡Perdon!» dice con voz trémula.
El llanto brota en sus ojos
Y por sus mejillas rueda,
Y con voz entrecortada
Esclama el *divino* Herrera:

»*En un mismo lugar estó, y no véo*
La luz que a el alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deséo.
»*¡Grande dolor! pero en cuitada vida*

Bien lo debe abrazar quien lo consiente
Y sufre sustentar esta caida.

. . . . . .

»No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.
»Mas éste que padezco va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
»Desconfío, aborrezco, amo, espero,
Y llega a tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.
»Testigo es de mis males el desierto
Que me vé en su desnuda y roja arena
Vencido de dolor y casi muerto.
»Candida luna que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?» (*)

Lleno de santa emocion
Sus lábios posa en la piedra,
Y el contacto de aquel mármol
Su ardiente corazon hiela.
Se alza, contempla la tumba
Con gozo, y al par con pena,
Y el llanto enjuga diciendo:
—«¡Reposa en paz, Leonor bella!»

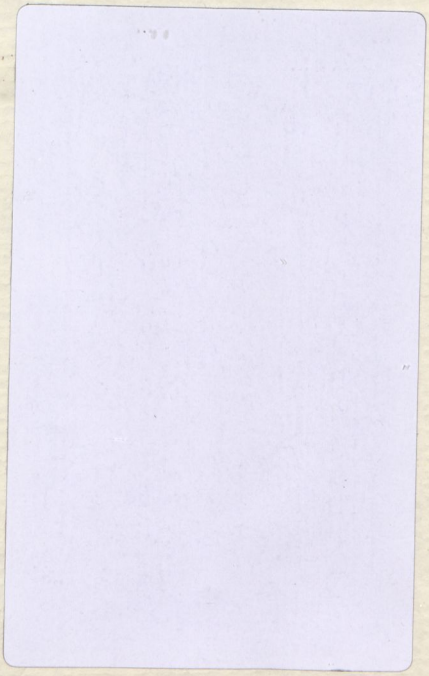
(*) Elegía de Herrera á la muerte de la Condesa de Gélves.

EPÍLOGO.

Funeraria comitiva
Toda Sevilla atraviesa,
Y el pueblo llorando dice:
«Murió Fernando de Herrera.»
No ha muerto, nó, que su espíritu
Voló á la celeste esfera
Para unirse con el alma
De Leonor en boda eterna.
Y sus obras inmortales
Dejó tras de sí en la tierra;
Para gloria de Sevilla
Y orgullo de España entera.

ÍNDICE.

	PÁG.S
Actas.	4
Discurso del Sr. D. Gonzalo Segovia.	11
La Muerte de Cervántes, por D.ª Isabel Cheix.	33
Leonor Dávalos, por D. Manuel Cano y Cueto.	47
Fernando de Herrera, por D. José Sanchez Arjona.	61

ERRATAS.

PÁJ.s	LÍN.s	DICE	LÉASE
14	28	desafiarla	desafiarla.
»	29	en aquel	En aquel
»	30	nacional.	nacional,
17	10	Alger	Argel
»	13	Alger	Argel
19	30	no los	nos lo
37	4	Calvario;	Calvario,
»	25	más	mas
40	24	Abril.	Abril;
41	9	Aquel	A aquel
42	24	reviste.	reviste;
48	19	la suave	el suave
52	1	Rey.	Rey.»
53	8	adversario	nefario
54	20	mas	más
58	2	el cuerpo ya marchitado	el yá marchitado cuerpo
67	24	Amoratados	Encantadores
»	última.	elevada	elevaba